



*Misa exequial por Guillermo Bernabéu Ferrer
S.I. Concatedral de "San Nicolás"
Alicante, 24 de julio de 2010*

Guillermo, sacerdote bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor

1. Nos movemos siempre, hermanos y hermanas, en un marco esperanzador. Sí, porque tenemos fe, porque compartimos la esperanza y porque el mandamiento del amor es el que trasciende el tiempo y salta a la eternidad, donde seremos eternamente felices. ¿Os dais cuenta de lo que esto significa?

Esta convicción, y no otra, es la que ha de seguir iluminando siempre nuestra vida cristiana. Y éste ha sido, a mi juicio, el clima en que han discurrido los últimos meses, largos meses de prueba, de nuestro querido hermano Guillermo, sacerdote.

Llevaba más de año y medio postrado en el lecho del dolor, en el altar del sacrificio, que él subió consigo desde la Capilla de la Residencia de "Nuestra Señora de Lourdes", de las Siervas de Jesús, donde ha sido Capellán más de 14 años, hasta su habitación privada en la cuarta planta del mismo edificio.

Allí, cerca, muy cerca, mora también su padre, Germán, con la limitación propia de la ceguera. Él está presente en esta celebración eucarística, acompañado del sacerdote que lo atiende espiritualmente, D. Julián Lacalle. Y ha seguido de cerca, en esta etapa final, los pasos de su hijo Guillermo, que no ha dejado su título de Capellán de la Casa. Otros sacerdotes amigos le han venido sustituyendo con fraterna solicitud. Pero él siguió ejerciendo el servicio sacerdotal que tenía confiado. Antes, había sido secretario particular de D. Pablo, después, de D. Francisco y, luego, de D. Victorio; fue también administrador del Seminario de Orihuela y Párroco en Torrellano; entre sus últimas encomiendas, recordamos la de Canciller Secretario de la Curia diocesana y Canónigo de esta Concatedral de "San Nicolás", que hoy nos acoge.

A las Siervas de Jesús, a las Carmelitas de nuestra Casa Sacerdotal y a los Obispos y sacerdotes, así como a los amigos seculares de Guillermo, nuestra gratitud sincera, la de toda la Diócesis.

2. Nos movemos, repito, dentro de un marco esperanzador, fraterno, firmemente enraizado en la fe que compartimos.

La evidencia de los hechos nos asegura que las promesas mesiánicas se cumplen. Jesús, nuestro Redentor, colocó sobre sus hombros nuestras miserias, debilidades y pecados, y Él hace que queden perdonados. Más aún, nos asocia a su pasión redentora, regalándonos una astilla de su Cruz gloriosa. “Completo en mi carne –escribe san Pablo– lo que falta a la pasión de Cristo” (Col 1,24). Esta participación nos da categoría y dignidad. Y nos enriquece espiritualmente.

Cuanto lo hemos visitado con frecuencia en los últimos meses, hemos podido comprobar que las fuerzas físicas de Guillermo escaseaban de día en día, pero que en el fondo de su corazón quedaba un rayo de luz capaz de iluminar el padrenuestro, el avemaría, o una jaculatoria a la Virgen del Remei, de nuestra Concatedral. Se garantizaba así que la fuerza y la gloria definitiva son el retorno a la Patria. Allí nos espera el sí de Dios Padre, misericordioso y perdonador. Nos espera también Jesucristo, su Hijo, que es a la vez nuestro Hermano mayor: Él es el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14,6). Es, como explica san Agustín, el Camino verdadero que lleva a la vida definitiva. Camino, como siempre, con estaciones del viacrucis...

3. En contra de cualquier apariencia y a pesar de las dificultades que experimentamos todos en la vida, puedo repetir hoy con san Pablo:

“Tengo mucha confianza con vosotros; tengo en vosotros grande motivo de gloria, estoy lleno de consuelo, rebose de gozo en nuestras tribulaciones” (2Co 7,4).

Razones. Nos las ofrece san Agustín:

“Dios nuestro Señor, a quien damos gracias juntos, nos ha concedido el vernos mutuamente. Y si esto ha llenado de gozo nuestra boca y de exultación nuestra lengua (Sal 125,2), es decir, el habernos visto en carne mortal, ¡cuál será nuestro gozo cuando nos veamos allí donde nadie tenga nada que temer de nadie! Dice el Apóstol: Llenos de gozo en la esperanza (Rm 12,12). Así, pues, nuestro gozo actual es gozo en la esperanza, aún no en la realidad” (*Sermón 306 B.1*).

Y en otro lugar, precisa el Obispo de Hipona:

“El camino hacia las cumbres ha de comenzar en el valle de lágrimas... Para conquistar la meta del cielo hay que aceptar antes el oprobio de la cruz (*Sermón 260 C.5*).

Quizá con esta explicación, entendamos todos el misterio de tan larga y dura peregrinación últimamente –a pesar de que los años de la vida de Guillermo no han sido muchos–, y también el aire puro que se respira en las alturas: “Para conquistar la meta del cielo hay que

aceptar antes el oprobio de la cruz”. Llámese ésta: limitación, desasosiego, soledad o silencio.

Ofrecemos juntos la Eucaristía, en la que Cristo, muerto y resucitado, garantiza, asegura y nos ofrece la Vida eterna en su misma Vida divina. Allí le espera su madre, María del Carmen, y tantos amigos y conocidos. Hace dos días despedíamos a Rafael Navarro. ¿No serán uno y otro tránsito de dos profesores del Teologado semilla de nuevas vocaciones? Las pedimos, las necesitamos ¡y las esperamos!

4. D. Francisco Conesa, que se encuentra en la Diócesis hermana de Chimbote dando ejercicios espirituales, nos ha hecho llegar su carta de pésame en estos términos:

“Querido D. Rafael: Le escribo para transmitirle mi pésame por el reciente fallecimiento de dos buenos compañeros y amigos, Rafael Navarro y Guillermo Bernabéu. El Señor ha querido llevarse a estos dos buenos sacerdotes cuando, por su edad, aún podían haberle servido en nuestra Diócesis durante más tiempo. Esperamos que nos envíe también muchos jóvenes que sigan su tarea en la viña del Señor de Orihuela–Alicante.

Sabe que tenía una particular relación de amistad y cariño con Guillermo y siento muchísimo no haber podido estar a su lado en el momento de su muerte y acompañarle en su funeral. Ofrezco desde aquí la Eucaristía y mis oraciones por su eterno descanso. Que el Buen Pastor lo acoja y reconozca entre las ovejas de su rebaño.

En estos momentos siento en mi corazón el hueco y vacío que deja la marcha de la persona a la que amamos, junto con la gratitud a Dios por su vida y su amistad”.

En favor de Guillermo y en el nuestro, rezamos con un texto litúrgico:

“Oh Dios, que, para librarnos del poder del enemigo, quisiste que tu Hijo estuviera en la cruz, concédenos alcanzar la gracia de la resurrección. Amén”.



✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela–Alicante